

www.elboomeran.com

UNA TEMPORADA EN VENECIA

Paisajes narrados, 32

www.elboomeran.com

Włodzimierz Odojewski

Una temporada en Venecia

Traducción de Katarzyna Olszewska Sonnenberg

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Sezon w Wenecji*

© 2000 by Włodzimierz Odojewski

© 2006 by Les éditions Les Allusifs

© de la traducción: 2009 Katarzyna Olszewska Sonnenberg

Revisión: Francesc Nadal

© 2009 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2009

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © Suzanne Tucker

INSTYTUT KSIĄŻKI



©POLAND

Este libro se publica con una ayuda del Instytut Książki
y su programa de traducción ©Poland.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard, Pol. ind., Av. del Prat, s/n, Moià

ISBN: 978-84-95587-51-0

Depósito legal: B-24.393-2009

Printed in Spain

Se pregunta cuándo oyó hablar de Venecia por primera vez. Y constata que nunca ha sido capaz de averiguarlo. Ni ahora, ni tampoco el día en que le comunicaron que su viaje a Venecia se había cancelado. Todavía no había cumplido diez años. Pero ese nombre, Venecia, parecía emerger de un rincón más profundo de su infancia, de cuando tenía apenas dos años, o dos años y medio. En aquel tiempo su familia aún disponía de mucho dinero y era frecuente que uno u otro de sus miembros se embarcara en algún viaje a un destino de moda o a algún lugar de reposo. Su madre pasó en Venecia un mes del verano en que él, Marek, cumplió un año y medio y, al parecer, protestó a gritos contra esa separación, tan incomprensible como cruel para él, de modo que su niñera, de la cual aún conserva en la memoria su rostro ancho y musculoso (aunque aparecía difuminado por las brumas del sueño), tenía que tranquilizarle contándole historias de la «ciudad flotante». Ahora piensa que fue por aquel entonces, o quizá un poco más tarde, cuando se construyó

una imagen compuesta de encajes de piedra recubiertos de lazos artísticamente labrados con arabescos grana y plata, que le recordaban las miniaturas de colores que decoraban las cajitas de porcelana que su abuela guardaba en una vitrina; en esa imagen había numerosos canales por los que surcaban góndolas y sobre los que se elevaban al cielo los arcos de los puentes, y cuando caía la noche unos leones alados emprendían el vuelo hacia la plaza de San Marcos, donde galopaban unos enormes caballos de bronce, en ese mismo lugar donde de día se paseaban simples palomas, menos mágicas que los caballos, pero algo mágicas en cualquier caso. El hecho de que, tiempo después, siguiese llamando «ciudad flotante» a Venecia y que dijese que «flotaba contra el agua» igual que su niñera, incluso cuando ya sabía que la ciudad no flotaba y que no se decía «contra el agua», parece confirmar que fue ella (que murió poco después de tifus), y no otra persona, la que había dibujado en su imaginación ese cuadro.

Venecia estaba *à la mode* en su familia mucho antes de la Primera Guerra Mundial. Su madre había viajado a Venecia de soltera y, después de casarse, en dos ocasiones más; en el segundo de esos viajes se llevó a Wiktor, el hermano mayor de Marek. Y en tiempos muy lejanos, tan lejanos que para él eran legendarios, la abuela había estado varias veces en Venecia sola

o acompañada de su marido; eso fue cuando el viaje a la ciudad de la laguna duraba casi la mitad, ya que no había que pasar ninguna frontera; por su parte, el abuelo había viajado allí en barco tres o cuatro veces antes de casarse, mientras cumplía el servicio militar en Trieste en la Armada de Su Majestad Imperial, aprovechando las vacaciones y los permisos. También todas las tías, las hermanas mayores de su madre, conocían Venecia casi tan bien como sus propias ciudades: se alojaron durante su luna de miel en uno de esos palacios convertidos en hotel sobre un canal, o después de dar a luz (fue el caso de la tía Klaudyna) y, más tarde, sin motivo alguno. La tía Barbara, la más pobre de la familia, era la excepción; quizá a causa de su situación económica, mostraba menos interés por los viajes al extranjero, aunque compensaba el tiempo que pasaba en casa con lecturas entre las que, lo más seguro, habría muchas sobre esa ciudad porque era capaz de hablar de ella prodigiosamente durante horas. Así que cuando su madre decidió viajar de nuevo a Venecia y prometió llevarle a él, aceptó este compromiso como algo que se le debía; Wiktor había conseguido permiso con el apoyo del abuelo para ir a un campamento de verano de los boyscouts, y ya conocía Venecia, así que era justo que ahora le llegara el turno a Marek.